

to por haber salido fuera de trincheras en contraven-
cion á mis órdenes.

Después que salió el prisionero español, dió Mo-
relos un apuro y un peso á su sobrino y mandó que
se celebrara aquel suceso repicando á viento todas las

CAPITULO XXIV

EL TRAIADOR PERDONADO.

El alojamiento de Calleja se encontraba fuera de tiro de cañon, en la parte opuesta á las lomas de Zatepec, que era la linea encomendada á la division de Llano. La derecha del cuartel general la tenia á su cargo el coronel Andrade y la izquierda, que era la mas extensa y descubierta, era cuidada por varios gefes que tenian á sus órdenes diversos fuertes y baterias. Calleja solia recorrer algunas veces el campamento por la madrugada ó antes de cerrar la noche; pero nunca se aproximaba ya, aun cuando habia sido muy valiente, á donde considerara que hubiera para él el menor peligro. Habia formado ya gran caudal, tenia una distinguida reputacion conquistada y veia próximo el logro de todas sus mas grandes ambiciones de mando que habia soñado, de manera que todas las operaciones dificiles en que habia algo que exponer,

las dejaba á cargo de sus subalternos. El ya habia arriesgado muchas veces la vida para encumbrarse, estaba encumbrado, y no necesitaba dar nuevas pruebas de valor ni hacer el menor sacrificio personal, por lo que se estaba dando la vida mas regalada en su alojamiento.

Tenia buena mesa: se hacia servir en ella todo cuanto habia de mas agradable en las haciendas de los alrededores; bebia los mas sabrosos vinos entre los que solian llegar del extranjero; en las noches le tocaban las músicas y asistia gran concurrencia á sus serenatas, hasta de las bellezas que habia por allí en los pueblos y fincas de campo, procurando así pasar el tiempo que le dejaba libre la campaña que estaba haciendo, lo mas agradablemente que le era posible. Sus trabajos oficiales consistian en estar dando partes exagerados y muchas veces mentirosos al virey sobre sus operaciones, encomendando el desarrollo de estas á sus capitanes y mas que á sus capitanes al trascurso del tiempo. Sabia que estaban exhaustos de víveres en la plaza, sabia que habia de rendirlos por hambre y lo que procuraba era que á los suyos les sobraran toda clase de provisiones para que fuera muy vivo el contraste.

En medio de esta vida que parecia un poco monótona para sitiados y sitiadores, pues que ya hasta los cañonazos se hacian con desgano y se recibian en la plaza con indiferencia, solia haber de cuando en cuando incidentes promovidos por unos ó por otros que en una que otra noche los entretenia, como cuando

tuvieron la ocurrencia los insurgentes del fuerte de Buenavista de echar fuera los caballos flacos con muñecos de zacate montados en ellos, entre los que iba un muchacho tambor que tocaba á degüello, lo cual produjo una borrasca en el campo de Calleja á cuyo ejército costó algunos quintales de pólvora aquella travesura.

La que tenia entre las manos Calleja en los momentos en que entramos á su alojamiento, sí que estaba pesada. Dejémosle hablar con Andrade que era uno de sus gefes de mas confianza.

—¿Qué hay, coronel?

—He visto llegar el muchacho á la trinchera.

—Pero así como usía lo vió pueden haberlo visto otras personas.

—Yo lo pude observar porque sabia á donde iba; para otros será muy difícil que lo descubran. Además de que viste del color de la tierra, se arrastra como culebra por entre los matorrales. Aseguro á Vuestra Excelencia que no he conocido muchacho mas listo que este condenado.

—¿Y qué, se puede confiar en Manso, coronel?

—Yo lo conocí poco, pero entre los nuestros hay muchos oficiales que lo fian.

—De quienes he recibido los mejores informes es de las personas de Cuautla que nos son afectas.

—Yo creo que procede con buena fé y que, siempre que lo considere útil Vuestra Excelencia, debe aprovechar sus servicios.

—Al menos servirá para abreviar esta perra vida

que estamos aquí llevando. Ya me enfada esta resistencia de Morelos.

—¿Le mandó Vuestra Excelencia el ofrecimiento del Virey?

—Sí, pero me lo contestó diciéndome mas de veinte majaderias y llenándome de amenazas. Hasta se atrevió á decirme que un día de estos va á salir á convertirnos á todos los gachupines en polvo.

Siguieron conversando mientras volvía el muchacho llamado Blas, á quien segun parecia habian confiado una mision importante. El muchacho regresó á poco, se buscó en la pretina de los pantalones un papel hecho muchos doblecitos, el cual entregó respetuosamente á Calleja. Este lo leyó para sí y luego lo pasó al coronel Andrade. Cuando este se impuso del contenido cambió con el general una mirada llena de júbilo.

—Tienes que volver á la trinchera inmediatamente, dijo Calleja al muchacho.

Este contestó con una señal afirmativa que demostraba resolucion.

En seguida el gefe español escribió en otro papel algunas palabras, hizo con otro un cartucho de onzas de oro y dijo á Blas:

—Corre á llevar esto á Manso.

—¡Cuidado con dejarte ver! le dijo entonces Andrade. Si vuelves sin novedad te doy un peso y además este cucurucho lleno de dulces.

Los ojos del muchacho brillaron llenos de codicia y partió.

—El negocio es hecho, exclamó Calleja dando rienda suelta á su regocijo; esta noche dormiremos en Cuautla.

—Permítame Vuestra Excelencia leer otra vez la carta de Manso.

Se la alargó Calleja y Andrade leyó en voz alta:

“En la trinchera por donde debe pasar el ejército español, estará todo el día enarbolada una bandera amarilla. Por la noche la señal será una fogata á cuarenta varas del foso. Yo saldré á esperar allí con un piquete para meter con sigilo á los que vengan. Cuento con todo mi destacamento. Se me mandarán veinte onzas en oro y la confirmacion de mi empleo de capitán.—F. MANSO.”

—Es lo que yo he mandado, dijo Calleja. Ahora necesitamos arreglar nosotros nuestro plan. No arriesgaremos en la empresa sino unos doscientos hombres que irán mandados por un oficial de confianza y usted se quedará á la retaguardia con todo lo demás de la division como reserva. El oficial deberá llevar instrucciones de avisar luego que ocupe el fuerte y una gran farola que se izará en lo mas alto de mi alojamiento, indicará á todos nuestros gefes de columna que deben aproximarse. Luego circularemos las señas y contraseñas de reconocimiento, pues usia será el primero que entre á la plaza y el que pase á cuchillo á toda la guarnicion insurgente.

Arreglados esos y otros detalles para la ocupacion de Cuautla en aquella misma noche, los dos gefes

realistas se separaron, para poner cada cual por su lado en vias de ejecutarse tan negro proyecto.

Veamos entretanto á D. José Antonio Galeana tío de D. Hermenegildo, entrar con el semblante algo descompuesto á la habitacion de Morelos.

—¿Qué pasa? le dice este.

—Señor cura, exclamó aquel hasta olvidándose de darle el tratamiento de general, me ha estado chocando desde hace rato ver en la trinchera de la izquierda de Santa Bárbara una banderita amarilla.

—Yo mismo he mandado que en cada fortin se ponga una bandera indicando la division ó línea á que pertenezca.

—¡Pero amarilla!

—El color es raro en efecto. ¿Quién manda la guardia de esa trinchera?

—Un capitán Manso.

—No lo conozco, señor mariscal; pero será conveniente que mande su señoría tomar algunos informes sin darle á conocer la mas mínima sospecha.

—Voy en el acto.

—¡Jesus! ¡Jesus! exclamó Morelos luego que Don José Galeana hubo desaparecido, que sobre el hambre, el abandono en que nos ha dejado la Junta, la peste que nos está diezmando, los descalabros tan frecuentes que sufrimos y tantas mas calamidades, tengamos tambien la traicion entre nosotros! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cuántos trabajos cuesta á un pueblo que ha sido esclavo, que ha tenido la costumbre de la sumision, hacerse independiente!

Don José Galeana se dirigió al fuerte inmediato para observar, y allí fué informado por los centinelas de que habían visto ya dos ó tres veces venir del campo del realista Llano á la trinchera de Manso un muchachito que siempre llegaba agazapándose por entre las yerbas. Entonces se mandaron emboscar dos soldados de confianza en lo mas tupido de los matorrales y al tiempo que regresaba ya de la trinchera el chiquitin mensajero, fué atrapado y conducido á la presencia de Galeana.

Después de algunas preguntas insignificantes para que el muchacho se repusiera de la sorpresa, Galeana le dijo:

—Ya sabemos aquí que estabas trayendo á Manso recados del Sr. Calleja.

—Un papelito nada mas, contestó el muchacho llorando, yo no le he traído ningunas onzas de oro, no, señor general, ningunas onzas de oro le he traído.

—Pero quien habla aquí de onzas de oro.....

—El papelito se lo acabo de dar, pero no me dijo nada, ni yo habia venido nunca.

—Basta por ahora, dijo Galeana, que encierren por ahí á este muchacho.

En seguida mandó que se presentara el traidor Manso. Este habia ya hecho desaparecer la carta, el dinero y todo cuanto pudiera confirmar las sospechas, negando todo lo que habia declarado el muchacho. Entonces Galeana interrogó á los soldados y al sargento y cuatro testigos uniformemente declararon que Manso les habia leído un papel para que les sir-

viera de instruccion, conforme al cual el punto tenia que entregarse aquella noche á una columna de realistas que habia de presentarse á las diez ó las once, sirviendo de contraseña una hoguera que debia encenderse fuera del fortin á poca distancia y que Manso tendria que salir con un piquete á recibir al enemigo para conducirlo en silencio, facilitándole el paso por aquel punto, y que para más afirmarse en este plan, les habia repartido algun dinero ofreciéndoles una gruesa cantidad para despues que estuviera la plaza ocupada por Calleja.

Galeana con estos datos se fué á ver á Matamoros, considerando que Morelos con la confianza que acostumbraba tener en todos los suyos, le haria ver como imposible semejante traicion, quedándose sin tomar providencias. Luego que llegó al fuerte en donde estaba el cura, lo llamó aparte y le dijo:

—Señor cura Matamoros, he sorprendido una trama de la cual usted que tiene mucho ingenio, me ayudará á sacar el mejor partido.

—¿Una trama?

—Sí, una horrible traicion.

En seguida Galeana contó á Matamoros todo lo que habia averiguado.

—¡Magnífico! exclamó el cura lleno de entusiasmo, quiere decir que á mí me va á tocar ser el capitán Manso esta noche.

Y como Galeana no comprendiera de pronto el designio de Matamoros, se lo explicó este haciéndole ver lo conveniente que era continuar la broma para

dar un golpe á los españoles. Convinieron por lo mismo en hacer las señales y todo lo demás que tenía á su cargo Manso para poner una buena celada al enemigo.

—Apruebo todo, dijo Galeana, pero es necesario no confiar mucho en el éxito, tanto porque Calleja tiene muchos espías en la plaza, como porque la prisión del muchacho debe haberlo puesto ya sobre aviso.

—Es verdad, contestó Matamoros; pero como ha de suponer que ni Manso ni su mensajero han descubierto el complot y siempre ha de quedarse observando por la noche las señales, es bueno darlas una por una, puesto que con ello nada perdemos.

Todo continuó allí como siempre pasando en la mayor tranquilidad: la banderita amarilla siguió ondeando en el fortín y la hoguera se puso un poco más afuera desde las diez de la noche, saliendo Matamoros á los matorrales con un piquete de diez hombres de confianza, mientras que Galeana se emboscaba con trescientos entre los plataneros del barbecho vecino, percibiéndose á eso de las doce de la noche el paso mesurado de una columna que avanzaba acompañada del rodar de unos dos ó tres cañones. A juzgar por el ruido que se percibía, Matamoros calculó que no podían bajar de quinientos hombres.

—Manso? preguntó el gefe realista adelantándose.

—Aquí estoy, contestó Matamoros.

—¿Está todo listo?

—Todo.

—Avance la columna, gritó el gefe realista.

Entonces Matamoros se adelantó diciendo que iba á mandar poner los tabloneros para que pasaran las tropas y luego que el enemigo estuvo á dos varas de la boca del cañon, mandó hacer fuego, quedando súbitamente envueltos los españoles por todos lados á la vez que el ataque se hacia general, pues Calleja para distraer la atención de la plaza habia destacado otras columnas. Mas de cien hombres quedaron en poder de Galeana entre muertos, heridos y prisioneros, regresando los otros en completa dispersion á sus posiciones.

—¿Qué hacemos con el traidor Manso? preguntó Galeana despues de esta ruda jornada al cura Morelos.

Morelos comprendiendo el espíritu de la pregunta contestó con tono tranquilo:

—Nada: que se quede preso; bastante sangre se ha derramado, bastante hambre es la que se padece para que añadamos calamidades.

Esta era el carácter del feroz y sanguinario Morelos como lo llamaban los realistas.